



Un Rey Eterno

Descripción

La últimas semanas hemos sido alcanzados por una noticia que llega desde el otro lado del océano atlántico. A algunos nos ha conmovido, a otros quizás les haya alegrado, pero sin lugar a dudas todos hemos sido impactados de alguna manera por la muerte de la monarca inglesa, la Reina Isabel II. Como es normal, los tentes de los medios se han volcado ahora a la sucesión en el trono de su hijo, el ahora Rey Carlos III, a quien se le ve con cierto escepticismo a pesar del alto grado de aceptación, fama y buen nombre que cosechó su madre.

Al margen de lo extraño que puede resultar para nosotros en las américas este tipo de sistema, no deja de ser una ilustración familiar para los cristianos de nuestra realidad en este mundo y en la eternidad. Nuestro Dios es Rey sobre toda la creación. Y aunque la imagen resulte imperfecta hay algunos elementos que podemos considerar:

Un Reinado que no cambia

Las monarquías se establecieron con un sistema definido de sucesión, es decir, tras la muerte del monarca ya estaba establecido quien lo reemplazaría; incluso en la Biblia sucede de esta forma: cuando el Rey David estaba viejo y frío se requería que reafirmara su declaración de sucesión en el trono, tal como se lo prometió a Betsabé, madre de Salomón, pues otro de sus hijos, Adonías, quería el reinado y todas las peripecias que hizo las desconocía David ([1 Reyes 1: 1-53](#)). Aún cuando existía la amenaza de Adonías, siempre fue claro que Salomón sería su sucesor, y la norma, desde David, era que tenía que ser del mismo linaje del Rey ([2 Samuel 7:12](#)).

Asimismo sucede con esta monarquía que hoy es noticia, la muerte de la reina ha dado lugar al comienzo de un nuevo reinado, y esto no está exento del escepticismo que mencionamos, pues para muchos será el primer rey que conocerán, ¿será un buen rey? No lo sabemos, pero lo que sí sabemos y hemos de considerar profundamente es que nuestro Rey en los

cielos ha establecido un reino que es por siempre. Desde los tiempos de David se prometió que llegaría uno de sus hijos que cumpliría la promesa de que su reino sería para siempre.

No fue el sabio Salomón, ni el reformador Josías, sino uno que mucho después haría su entrada a la ciudad capital de Jerusalén montado en un burro a pesar de ser el dueño de todos los tesoros de la Tierra; fue aquel que siendo igual a Dios se sometió e humilló así mismo volviéndose como uno de nosotros y yendo aún más allá se entregó hasta morir por nuestros pecados como un sacrificio delante del Padre. Es Jesús, el hijo del carpintero, de la tribu de Judá y que nació en Belén, la ciudad de David. Con su reinado no tenemos que preocuparnos por quién le sucederá en el trono, pues aunque murió en la cruz, ¡Él resucitó al tercer día, y ahora está sentado a la derecha de Dios reinando para siempre! y tenemos la garantía que en Él no hay cambio ni sombra de variación, ([Santiago 1: 17](#)).

La fe de la reina

“Para muchos de nosotros, nuestras creencias tienen una importancia fundamental. Para mí, las enseñanzas de Cristo y mi propia responsabilidad personal ante Dios proporcionan un marco en el que trato de llevar mi vida. Yo, como muchos de ustedes, he obtenido un gran consuelo en tiempos difíciles de las palabras y el ejemplo de Cristo.”

Cualquiera pensaría que esta cita es un extracto de un sermón, o que quizás la he sacado de algún texto teológico, pero no es así. Son palabras extraídas de un mensaje dado por la reina Isabel II en diciembre del año 2000. Y es que el ejemplo de Jesús sentó la base de las acciones de la reina a juzgar por quienes la reseñan, pues sus actos de caridad y servicio llegaron a sumar \$2 billones de dólares y nunca escondió su mayor referente: “...*El ejemplo de Cristo me ayuda a ver el valor de hacer las cosas pequeñas con gran amor, quienquiera que las haga y cualquiera que sea su creencia.*”

Lo cierto es que quienes fueron sus cercanos han hablado de la fe de la reina, de su esmero por congregarse cada domingo y de su disciplina y cuidado al ofrendar. Esto sumado a la grandeza y fama que adquirió durante su reinado la hacen una mujer muy reconocida, admirada y hasta odiada, pero pocos dudaban de la autoridad y legitimidad de la monarquía, hasta su muerte; los grandes homenajes alrededor del mundo son una muestra de esto.

No deja de ser curioso que el mayor símbolo de poder, majestad y autoridad en el agitado mundo contemporáneo haya sido justamente una mujer cristiana, y que esta persona a la que todos llamaban: “Su majestad” se rindiese a la majestad de uno más grande que ella, es algo que debe llamarnos a la humildad, así como David cuando Dios establece su pacto con él: “*¿Quién soy yo, oh SEÑOR Soberano, y qué es mi familia para que me hayas traído hasta aquí?*” **2 Samuel 7:18**

Categoría

1. Vida

Etiquetas

1. carlos III
2. david
3. Inglaterra
4. jesus
5. monarquia
6. reina isabel

Fecha de creación

2022/10/04

Por autor

juan-m-ortega-c

default watermark